

## Ariel o la vida de Shelley

(Continuación)

### VII



SOLO en Londres, sin amigo, sin ocupación, sin dinero, Shelley se desesperó. Pasaba los días en su pieza componiendo versos melancólicos y escribiéndole cartas a Hogg. En la noche se acostaba a las ocho, porque no sabía qué hacer. Y únicamente el sueño le impedía contarse sin reposo la historia de sus desdichas. En cuanto se dejaba llevar por sus pensamientos, la imagen de su bella e inconstante prima obsesionaba su cerebro vacío, torturándolo. A golpe de silogismo trataba de combatir esas aspiraciones dolorosas.

«Yo amaba a un ser—se decía.—Ahora bien, el alma de este ser no es ya lo que era. En consecuencia, este ser no existe, porque yo amaba su alma y no su cuerpo. Lo mismo podría hablar de amor a los gusanos que un día engendraré, en el horror de la tumba, el cuerpo de mi bien amada...»

Este razonamiento le parecía tan bueno que se admiraba de no hallar en él ningún consuelo.

La cuestión económica se ponía grave. M. Timothy no daba signos de vida. Un día lo encontró por las calles de Londres y le preguntó políticamente:

—¿Cómo está, señor?

Por toda respuesta recibió una mirada sombría como cielo de tempestad y un majestuoso:

—Servidor de Ud., señor.

Por felicidad sus hermanas no lo olvidaban y le remitían algunos peniques. Era todo lo que tenía para vivir. Elisabeth permanecía muy vigilada en Field Place, pero las dos menores habían entrado a la Academia de Jóvenes de Mrs. Fenning en Clapham, y luego las alumnas de Mrs. Fenning conocieron los bellos ojos, las camisas abiertas y los rizos flotantes del hermano de Elena Shelley.

Llegaba con los bolsillos llenos de biscochos y pasas y comenzaba a disertar sobre temas eternos delante de un círculo de muchachas extasiadas. Inmediatamente trató de *ilustrar* a algunas de las más bonitas. No podía soportar las ideas de que tras aquellos hermosos rostros alojaran los «prejuicios.»

Sobre todo admiraba la clara cabellera, la tez delicadamente rosa de la mejor amiga de sus hermanas, la encantadora Harriet Wetsbrook. Era una niña de 16 años, muy pequeña, pero hermosísima, de una alegría ingenua y una frescura deliciosa. Se hizo muy útil cuando Mrs. Fenning, de orden de Mr. Timothy, exi-

gió que las visitas no menudearan tanto. Harriet, cuyos padres vivían en Londres, salía tarde y mañana para ir de su casa al colegio; encargósele pues, de llevar y traer el dinero y los dulces y, naturalmente, el ermita de la calle Polonia se convirtió pronto en su grande amigo.

Harriet Westbrook era hija de un antiguo tabernero que había querido dar a su hija una educación distinguida. Muerta su madre, dirigíala su hermana, solterona bastante madura. Se comprende el interés que inspiró a la familia Westbrook ese hijo de baronet, heredero de una fortuna inmensa y bello como un dios, que vivía en una pieza redonda, de pan e higos secos, y al cual la más joven de las Westbrook llevaba el dinero de sus hermanas para impedirle morirse de hambre.

Eliza insistió en ver al héroe y Harriet se lo llevó en una de sus expediciones. La hija mayor del tabernero atemorizó un poco a Shelley; era seca y flaca; en su cara blanca, opaca, llena de cicatrices, los ojos apagados miraban sin inteligencia; y una masa de cabellos negros coronaba todo aquello. Miss Eliza Westbrook estaba particularmente orgullosa de su cabellera. De modales afectados, contrastaba con la sonriente sencillez de su hermana. Pero Shelley olvidó pronto esa impresión de fealdad cuando vió que la solterona le demostraba simpatía. La hermana mayor no sólo no se opuso a las visitas de Harriet, sino que se ofreció para favorecerlas, invitando varias veces a Shelley cuando Mr. Westbrook estaba ausente, y ganó por completo el corazón del filósofo al pedirle, a su vez, que la «ilustrara» y emprender bajo su dirección la lectura del Diccionario Filosófico.

Los paseos de Harriet con Shelley llamaron luego la atención en la Academia de Jóvenes. Una profesora le dió consejos prudentes:

—Ese Mr. Shelley se ha dado a conocer por la audacia de sus ideas: probablemente su moralidad se halla a la altura de sus pensamientos.

Le confiscaron una carta llena de los más peligrosos razonamientos y la coresponsal del «ateo» estuvo a punto de salir expulsada. Todas las hijas de «gentlemen» le volvieron la espalda y la permanencia en el colegio se le hizo muy penosa.

Un día que Shelley leía solitario junto al fuego, Eliza le mandó avisar que Harriet estaba enferma, rogándole que fuera a acompañarla. El joven halló a su amiga acostada, muy pálida y más bella que nunca con sus cabellos castaños sueltos. Mr. Westbrook subió a saludar a Shelley, que se mostró algo turbado en su presencia: por mucho horror que les tuviera a los prejuicios, esa visita nocturna al dormitorio de una muchacha le parecía indiscreta. Mr. Westbrook estuvo muy amable:

—Siento no poder acompañarlos—les dijo—pero tengo amigos en el salón: si usted quisiera bajar más tarde...

Shelley rehusó: los amigos de Mr. Westbrook lo intimidaban.

Sentóse junto a la cabecera de Harriet, al lado de Eliza y habló con elocuencia del amor. Muy pronto Harriet se quejó de un violento dolor de cabeza. No podía soportar el ruido de las palabras. —Pues bien me voy—dijo Eliza. Y salió dejando solos a los dos muchachos. Shelley se quedó hasta después de

las doce, mientras los amigos de Mr. Westbrook bebían y reían en el piso bajo. Al día siguiente Harriet se sentía mucho mejor.

\* \* \*

Desde que en su destierro podía Shelley visitar muchachas e «ilustrarles» el espíritu, considerábase mucho menos infeliz. Sin embargo sufría de estar lejos de su hermana Elisabeth. Ni siquiera le contestaba ella sus cartas; acaso estaría secuestrada y a toda costa quería volver a Field Place para verla. Durante algún tiempo tuvo la idea de un regreso a la americana: ¿qué sucedería si llegaba una noche, sin avisar, instalábase en su casa y no respondía sino con silencios a las maldiciones de Mr. Timothy? Pero todo se simplificó gracias al hermano de Mrs. Shelley; el Capitán Pilfold que llegó a tiempo para abrirle a su sobrino las puertas de Field Place.

El Capitán Pilfold era un viejo marino, bravo y jovial, que había mandado una fragata bajo las órdenes de Nelson, en Trafalgar y que prefería mil veces ese sobrino fantástico al solemne cuñado Mr. Timothy. Que Percy fuera o no excéptico nada le importaba al capitán. El niño demostraba fuerza de voluntad y era lo esencial. Lo invitó a su dominio de Cuckfield, a diez millas de Field Place, y lo recibió admirablemente. Shelley, agradecido emprendió la tarea de «ilustrarlo» y el capitán se mostró tan buen alumno que al cabo de ocho días escandalizaba al cura y al doctor de la aldea con silogismos incendiarios.

En Cuckfield, Shelley conoció a la preceptora Miss Hitchener, bastante bella con su perfil romano y que bordeaba los treinta años. Miss Hitchener era republicana. También gozaba de fama de romántica y pedante; y por su parte quejábase de que nadie la comprendiera. Shelley, después de admirar convenientemente su actitud, descubrió con pesar que permanecía un deísta y le propuso entablar una correspondencia asidua para curarla de semejante enfermedad. Ella aceptó.

Mientras tanto, el bravo capitán Pilfold emprendía el abordaje de su cuñado Timothy. Tuvo la ingeniosa idea de aliarse con el duque de Norfolk, jefe político del partido liberal, y el snobismo triunfó de la vanidad paterna. Shelley pudo volver a Field Place con todos los honores de la victoria; se le acordó una pensión anual de doscientas libras y no se le impusieron condiciones.

\* \* \*

Pudo por fin ver de nuevo a Elisabeth; pero la encontró tan distinta que se sintió aterrado. Estaba más viva, más alegre que antes, pero de una frivolidad increíble. La había dejado grave, entusiasta; ahora, indiferente a las ideas, ocupada en pueriles entretenimientos, en bailes y charlas superficiales, vivía solamente para el mundo.

Trató de mostrarle como antes las cartas de Hogg.

—Ahl tú y tu absurdo amigo... Todas las personas que conozco los encuentran locos.

Y en seguida habló de matrimonio: no pensaba en otra cosa. Nada podía causarle más horror a Shelley. ¿Entonces había olvidado ella sus lecturas, las sanas ideas de Godwin?

—El matrimonio es odioso y detestable—decíale. —Me siento desconsolado al pensar en esa cadena terrible, la más pesada que hayan forjado los hombres para atar almas altivas. El escepticismo y el amor libre se siguen tan necesariamente como el amor y el matrimonio. La gente de honor no necesita leyes. Por el amor de Dios, Elisabeth, lee las condiciones del matrimonio y dime si un hombre honrado puede someter a un ser amable y amado a semejante degradación.

—Sí; pero quieres que me case con tu Hoog...

—Ciertamente, mas no ante un clérigo y según las leyes de los hombres, sino libremente y con sólo el amor por gran sacerdote.

—¡Esos consejos le das a tu hermana, Percy!

Era inútil tratar de convencer a ese espíritu que se había puesto incurablemente frívolo. «¿Para qué engañarme? Está perdida, completamente perdida. La intolerancia la ha infectado. No habla sino de convenciones y tonterías. Lo que pretendería de mi es que, como todos, la ayudara a buscar marido. Pues bien, no!»

Había ido a Field Place para ver a Elisabeth: ahora no le quedaba sino partir. No le faltaban las invitaciones: el capitán Pillfold le ofrecía Cuckfield; Mr. Westbrook pasaría las vacaciones en las montañas y sus hijas le suplicaban que las visitara; Hogg le pedía que lo acompañara un mes en York, y era quien más lo tentaba; pero Mr. Timothy atribuía un valor simbólico a la separación de los dos criminales de Oxford y se habría puesto furioso; como la pensión paternal vencía en Septiembre, mejor sería esperar un poco. Hogg repuso en broma que sin duda la bella Harriet Westbrook vencía al viejo amigo. «Tus bromas me divierten—respondía Shelley. — Si tengo la menor idea de lo que significa la palabra amor, puedo afirmarte que no amo a nadie en este momento. Pero he recibido invitaciones de las Westbrook y las estimo altamente a las dos.»

Como aun vacilaba, un primo de su madre lo invitó a un rincón solitario de Gales; era un medio de hacer economías en espera de su pensión y aceptó.

Al pasar por Londres, hubiera querido ver a Miss Hitchener y comer con ella, pero la institutriz de perfil romano temió que semejante entrevista faltara a las conveniencias. Además ¡había tal diferencia de condiciones entre ella y Mr. Shelley! Mr. Shelley, indignado con estas suposiciones, escribió una hermosa carta sobre la igualdad y llamó a Miss Hitchener «hermana de su alma». Ella comenzó a pensar que Lady Shelley sonaba bien y a mirarse en los espejos.

## VIII

Los paisajes de Gales son bellos y selváticos. Las rocas desnudas, los torrentes profundos, las quebradas boscosas encantaban a Shelley, que iba con frecuencia a sentarse junto a una caída de agua para leer las cartas de sus amigos. Desde su retiro dirigía innumerables almas: Miss Hitchener, el fiel Hogg,

el capitán Pilfold, terror de los devotos, Eliza y Harriet Westbrook, sin contar a más de un desconocido.

Acababan los Westbrook de regresar a Londres, cuando Shelley recibió de Harriet una carta triste e inquietante: su padre quería hacerla volver a ese colegio de Mrs. Fenning donde había sido tan desdichada, donde sus condiscípulas no le dirigían la palabra y ni siquiera le contestaban y las profesoras la consideraban una muchacha perdida. Antes que caer en semejante prisión prefería matarse. ¿Para qué vivir? «Nadie me ama y no tengo a nadie a quien amar. ¿Es un crimen el suicidio para un ser inútil a los demás e insoportable a sí mismo? Puesto que no existe ley divina ¿la ley humana puede prohibir un acto tan natural?».

Shelley sintió una especie de terror: la lógica de Harriet le parecía irreprochable. Y él la había formado. ¿Podía responderle secamente y abandonarla a su destino? En vez de desesperarse, podía luchar, rehusar, discutir. Le aconsejó que tuviera firmeza y escribió a Mr. Westbrook una carta llena de reproches.

El viejo tabernero se indignó: ¿qué pretendía ese joven aristócrata que desde seis meses atrás rondaba en torno de sus hijas? Eliza había anunciado al principio que se casaría con Harriet; pero ¿cuándo se ha visto a un futuro baronet casarse con la hija de un tabernero? El tal Mr. Shelley buscaría sin duda algo muy diverso del matrimonio. Por lo demás Mr. Westbrook lo había juzgado cuando lo invitó a beber un trago con sus amigos. Mr. Shelley rehusó con desdén. ¿Amigo del pueblo, igualitario el nieto de sir Bysshe Shelley, millonario? ¡Vamos! esas gentes son siempre los mismos!

Harriet recibió orden de prepararse a partir. Escribió una última carta a Shelley. Le insinuaba un proyecto menos lúgubre que el suicidio: sintiéndose demasiado perseguida e infeliz, estaba pronta a fugarse con él...

Shelley tomó inmediatamente la diligencia para Londres, terriblemente agitado. Era indiscutible que tenía deberes para con esa niña: la había formado, había contribuido a fijarle un alma valerosa e incapaz de soportar las injusticias. Una carta suya había sido la primera causal de su desgracia. Pero, si huían ¿de qué vivirían los dos? ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Podría amar él, después de su gran decepción? Sin embargo, Harriet le parecía encantadora y la idea de un viaje con la linda enferma de los cabellos sueltos que viera una noche era embriagadora. Encontraba difícil apartar esas imágenes.

Al fin la vió. Estaba blanca; enflaquecida, trágica.

—¿La han hecho sufrir mucho?

—No, amigo mío, no, pero...

Vacilaba en confesarle su amor: su palidez, sus miradas, su emoción lo decían sin embargo. La verdad es que lo amaba locamente. El había transformado a esa muchacha. Antes de conocerle, tenía los gustos normales de su medio. Admiraba los uniformes rojos de los soldados y, cuando pensaba en el amor, sus héroes pertenecían al ejército. Sin embargo, al imaginar el matrimonio, veía siempre por marido a un clérigo. Shelley trastornó esas pasiones tan razonables. Cuando por primera vez lo oyó hablar de religión y de política, sintióse espantada y se prometió

convertirlo. Pero la lógica del joven la aplastó desde la primera discusión. Dominada por un espíritu más vigoroso que el suyo, se había humillado con delicia; y ahora adoraba al hombre y su doctrina.

Viendo que no se resolvía verla de nuevo, temió que se alejara para siempre y exageró sus sufrimientos para atraerlo.

Shelley no admiraba a los caballeros andantes; su conducta le parecía poco racional. Encontraba condenable dedicar a una mujer una existencia consagrada a la humanidad. Pero ante ese bello rostro ansioso que él podía, con una palabra, colorear de dicha, olvidó sus principios, tendió la mano a Harriet y le dijo que no temiera nada. Por un resto de prudencia evitó la fuga inmediata; creía inútil y peligroso apresurar tal resolución; pero Harriet podía estar tranquila; si trataban de violentarla, no tenía sino que llamarlo; de donde se hallara acudiría a libertarla y llevársela. Ya ella había recuperado la expresión de una muchacha de 16 años que se siente amada.

. . .

En cuanto salió de la pieza y no vió a la dichosa niña, Shelley suspiró profundamente y cayó en una interminable meditación.

Hogg, a quien refirió la escena, respondió suplicándole vigorosamente que no huyera con Harriet sin casarse antes. Sabía a Shelley hostil al matrimonio; pero le hizo argumentos poderosos:

«Si no quieres casarte ¿quién corre el peligro? ¿Ella o tú? Ella sola; a ella la despreciará la sociedad, ella sacrificará su reputación y todo. ¿Tienes el derecho de aceptarlo?»

El golpe era diestro; de todos los vicios, el egoísmo le parecía a Shelley el peor de todos. Pero al mismo tiempo, al casarse, encontraba que comía un acto vergonzoso e inmoral. Los capítulos de la Justicia Política contra las cadenas matrimoniales inquietaban su conciencia. Alguien le dijo a tiempo que Godwin mismo se había casado dos veces y este ejemplo lo tranquilizó:

«Cierto—respondió a Hogg—Antes que la razón haya cambiado por completo la sociedad, los innovadores se ven expuestos a males mayores que los que tratan de remediar».

Sin embargo, no demostraba prisa de aplicar estas conclusiones nuevas. Su tío Piffold lo llamaba a Cuckfield; allá encontraría a la bella institutriz de perfil romano y terminaría su iniciación en la doctrina. Al partir, escribió a Harriet que volvería a Londres a su primer llamado.

Había que tener 19 años para dudar un minuto sobre lo que sucedería. Una muchacha enamorada dueña de tal promesa no puede resistir largo tiempo. Antes de una semana, una carta urgentísima llamaba a Shelley a Londres. Los perseguidores querían una vez más entregar Andrómeda al dragón escolar. Shelley, viendo el mal sin remedio, ofreció la fuga y el matrimonio inmediato.

Al otro día, la diligencia de Edimburgo se llevaba hacia el Norte a esos dos niños que, entre los dos, sumaban treinta y cinco años. «Acto de voluntad, no de

pasión» pensaba el joven caballero, mientras el carruaje lo mecía junto a su deliciosa prometida.

## IX

Una pareja de amantes jóvenes, encantadores y perseguidos ejerce una seducción casi irresistible. Los habitantes de Edimburgo, que no pasan por sentimentales en cuestión de dineros, no pudieron menos de acoger con sonriente indulgencia a ese par de niños que llegaba en una miseria tan radiante. Al partir de Londres Shelley había conseguido algunas libras prestadas; al llegar a Edimburgo no le quedaba un penique. Era inútil esperar algo de Mr. Timothy, a quien la fuga de su hijo habría puesto furioso.

Sin embargo, un dueño de casa les arrendó un departamento muy agradable con el solo relato de su aventura, la vista de la belleza de Harriet y la promesa de un pago rápido. Hizo aun más: les prestó la suma necesaria para comer durante algunos días y para celebrar su matrimonio según las leyes tan sencillas de Escocia, con la sola condición de que, la noche de bodas, Shelley y su mujer aceptaran una invitación a comer en su casa con sus amigos.

Así pues, en medio de comerciantes escoceses celebró su matrimonio el nieto de sir Bysshe. Los vinos y el espectáculo de los jóvenes recién casados pusieron a aquellos honestos puritanos un poco más alegres de lo que al gusto de Shelley convenía.

Ante una broma demasiada avanzada, Harriet enrojeció hasta la frente y Shelley, levantándose de la mesa, anunció que él y su esposa se retiraban a su habitación. Una gran carcajada acogió esta noticia.

Poco más tarde llamaron a la puerta. Shelley abrió: el dueño de casa, algo ebrio, díjole que, según la costumbre del país, los invitados subirían a media noche para bañar a la desposada en whisky.

—Le destapo los sesos al primero que se atreva—dijo Shelley, mostrando el revólver.

Le temblaba la voz y le brillaban los ojos, como en Eton. Los comerciantes de Edimburgo pensaron sin duda que aquel mancebo de rostro femenino era más peligroso de lo que parecía y se contentaron con desearle buenas noches.

. . .

Así Shelley y Harriet se encontraron casados, solos y libres en una ciudad desconocida. Se miraron felices.

Algunos días bastaron para que el joven marido, que en la diligencia pensaba tristemente: «Acto de voluntad, no de pasión» se enamora completamente de su mujer. Harriet le parecía verdaderamente agradable de mirar, siempre bonita, fresca, viva, siempre bien peinada, con el aspecto de una flor blanca y rosa. Se vestía con mucha sencillez, pero siempre bien. Sin mucha cultura,

poseía una instrucción notable y había leído proligiosamente. Y leía siempre, durante el día entero, obras morales.

Su amante y maestro habíale comunicado el respeto a la virtud y el Telémaco de Fenelón era su héroe favorito. Con frecuencia pronunciaba las palabras mágicas «Intolerancia, Igualdad, Justicia» y su boca infantil lanzaba afirmaciones que hubieran inquietado al Lord Canciller. En cuanto a la religión anglicana, la ignoraba tan ingenuamente como Calipso o Nausícaa.

Los niños son deliciosos; pero su compañía cansa. Aunque Shelley apreciara toda la gracia, la gentileza y el cariño de Harriet, solía echar de menos la cáustica charla de Hogg y el entusiasmo elocuente de Miss Hitchener. Preguntábase con inquietud qué iba a pensar ésta de su matrimonio.

«Mi muy querida amiga—escribíale—¿Puedo llamarla así después de haber perdido, por mi conducta equívoca, el derecho a la estimación de los seres virtuosísimos y sapientísimos? Ud. me preguntará cómo yo, con mi conciencia de ateo, he podido someterme a la ceremonia del matrimonio. Es lo que deseo explicarle.» En seguida, y usando los argumentos de Hogg, procuraba demostrarle que la buena fama constituye un bien inalienable y que no podría despojarse de él a una persona amada. «Condéname, si quieres, oh la más querida de las amigas, porque siempre eres para mí la más querida... Si Harriet no es a los 16 años lo que tú a una edad más avanzada, ayúdame a formarla a tu imagen verdaderamente noble...» La carta concluía invitándola a Edimburgo, donde la presencia de Harriet autorizaría la suya. Miss Hitchener rehusó. Tal vez el tú poético no alcanzó a disimular la frase, realmente desdichada, sobre la edad.

Pero si la virgen de Cuckpoint no acudió a modelar el corazón de Harriet, Shelley tuvo el placer de que una clara mañana, golpeará a su puerta, maleta en mano, su amigo Hogg, en vacaciones por quince días.

Lo recibió triunfalmente. «¡Al fin nos reunimos! Ya no nos separaremos más. Hay que preparar otro dormitorio en la casa.» Harriet apareció; Hogg quedó encantado. Nunca había visto una mujer más radiante de juventud, belleza y felicidad.

Los tres amigos tenían mil cosas que decirse y hablaban a un tiempo, mientras la criada les servía el té. Cuando se calmó un poco la alegría, Shelley propuso un paseo y fueron a visitar el palacio de María Stuart. Harriet, excelente alumna de Academia femenina y gran lectora de novelas históricas, explicó detalles interesantes. Al salir, Shelley se excusó; necesitaba regresar para escribir una carta, pero quería que Harriet llevara a Hogg hasta la colina de donde se abarcaba la ciudad.

Hogg admiró mucho el panorama y permanecieron largo rato en la cumbre. Acaso su guía le gustaba lo bastante para hacerle grato cualquier paseo.

*(Continuará)*